

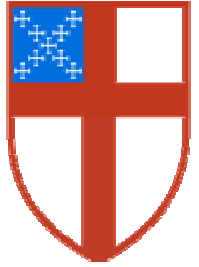


Iglesia Episcopal en Colombia, Comunion Anglicana

[www.iglesiaepiscopal.org.co](http://www.iglesiaepiscopal.org.co)

Catedral de san Pablo, Bogotá, D.C. ([iecsanpablo@gmail.com](mailto:iecsanpablo@gmail.com))

**Mayo 13 de 2007**  
**Sexto Domingo Pascua**



---

## **COLECTA**

Oh Dios, tú has preparado para los que te aman cosas tan buenas que sobrepasan nuestro entendimiento: Infunde en nuestros corazones tal amor hacia ti, que, amándote en todo y sobre todas las cosas, obtengamos tus promesas, que exceden todo lo que podamos anhelar; por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. *Amén.*

### **LECTURAS:**

**PRIMERA LECTURA: Joel 2:21-27**

**SALMO: 67**

**EPÍSTOLA: HECHOS 14:8-18**

**EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 14:23-29**

### **COMENTARIO:**

El evangelio de este domingo encierra tres temas importantes. En primer lugar, el tema del amor a Jesús y la consiguiente obediencia a su palabra; en segundo lugar, la promesa de un defensor, el Espíritu Santo que será garantía para cada discípulo y para la comunidad de que en sus vidas y en sus obras está la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en una palabra, está presente y actuante la misma vida de Dios; y en tercer lugar, el tema de la paz que dona Jesús, la cual no es como la dona el mundo, sino al modo de Jesús: completa, integral.

En el contexto de la última cena y del gran discurso de despedida, Jesús insiste en el vínculo fundamental que debe prevalecer siempre entre los discípulos y él; ese vínculo, Juan lo define como el amor. Judas ha hecho una pregunta a Jesús "¿por qué vas a mostrarte a nosotros y no a la gente del mundo"? Obviamente que Jesús y su mensaje, su proyecto del reino son para el mundo; pero no olvidemos que para Juan la categoría *mundo* es todo aquello que se opone al plan o querer de Dios y, por tanto, rechaza abiertamente a Jesús; luego, el sentido que da Juan a la manifestación de Jesús es una experiencia exclusiva de un reducido número de personas que deben ir adquiriendo una formación tal que lleguen a asimilar a su Maestro y su propuesta, pero con el fin de ser luz para el mundo; en otras palabras, Jesús y su propuesta del reino no se pueden quedar encerrados en la intimidad personal del creyente, una vez que este proceso de la fe haya madurado, el siguiente paso es proyectarlo al mundo; y ahí viene justamente el sentido de las palabras que Jesús dirige hoy a sus discípulos.

El primer medio que garantiza la continuidad de la persona y de la obra de Jesús encarnados en una comunidad al servicio del mundo, es el amor. Amor a Jesús y a su proyecto, porque aquí se habla necesariamente de Jesús y del reino como una realidad inseparable; no es posible amar a Jesús y a duras penas mirar de *rejojo* su proyecto de vida, lo que dio sentido a su vida: por tanto amar aquí tiene un sentido aceptación *total* y al mismo tiempo de *donación* o *entrega* total a Jesús y a su causa, a una causa que encuentra su verdadero sentido en la donación a los demás. Eso es, en el fondo, lo que quiere manifestar Jesús cuando exhorta a sus discípulos a demostrar ese amor en el cumplimiento de su palabra.

Ahora bien, Jesús sabe que no podrá estar por mucho tiempo acompañando a sus discípulos, pero también sabe que hay otra forma no necesariamente física de estar con ellos, por eso los prepara para que aprendan a experimentarlo no ya como una realidad material, sino en otra dimensión en la cual podrán contar con la fuerza, la luz, el consuelo y la guía necesaria para mantenerse firmes y afrontar el diario caminar en fidelidad: les promete pues, el Espíritu Santo, el alma y motor de la vida y del proyecto de Jesús para que acompañe al discípulo y a la comunidad.

Finalmente Jesús entrega un don más a sus discípulos, el don de la paz: “mi paz les dejo, mi paz les doy” (v. 27); testamento espiritual que el discípulo habrá de buscar y cultivar como un proyecto que permite hacer presente en el mundo la voluntad del Padre manifestada en Jesús. Y es que ni en la Sagrada Escritura, ni el proyecto de vida cristiana, la paz se reduce a una mera ausencia de armas, de guerra, de violencia. En el plan de Dios, la paz es una realidad que involucra a todas las dimensiones de la vida humana y que, por tanto, se convierte en un compromiso permanente: el *amor*, que nos hace hermanos y hermanas y que nos permite, y nos exige, dirigirnos todos a un mismo Padre; la *tolerancia*, que nos permite asumir al otro y a la otra con sus diferencias; la *justicia*, que nos impulsa al compromiso por la defensa de la vida y por una creación que Dios ha puesto al servicio de todos y cada uno y al disfrute de ella según sus necesidades; el *respeto*, que nos permite ver en el otro y la otra, la imagen de Dios y mi misma imagen; el *diálogo*, que nos exige reproducir de algún modo la intencionalidad de la comunicación de Dios al hombre; esto es, la vida; cuando Dios habla al hombre es para comunicarle vida, cuando los hombres hablan entre sí, el resultado tiene que ser siempre vida; la *compasión*, que nos exige salir de nosotros mismos y sentir con los demás y superar con los demás las encrucijadas y situaciones difíciles de la vida; la *alegría*, nota característica de Dios y que debemos procurarla entre nosotros mismos; el *gozo*, ya que sabemos que Dios nos ama a todos por igual y que confía y espera de nosotros un compromiso más radical y efectivo en la construcción de una paz sin límites en nuestro mundo actual. Y, en fin, son inagotables las dimensiones que tienen que ver con la verdadera paz; con toda razón Jesús advierte a sus discípulos que su paz no es como la da el mundo; que la paz que él da es un compromiso y una tarea permanente en la cual quedan empeñados todos nuestros esfuerzos y nuestros talentos. Desde este momento, entonces, con el gozo que nos da saber que esa paz es un don que Dios nos ha regalado por medio de su Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo, entreguémonos sin límites a la búsqueda y construcción de esa paz, no como la da el mundo, sino como la ofrece Jesús

***Para la conversión personal:*** Jesús hoy nos recuerda tres elementos muy importantes en la vida del discípulo: el amor, el Espíritu Santo y la paz. ¿Cómo entiendo y cómo vivo estas dimensiones? ¿Qué repercusión tiene cada una en mis trabajos apostólicos?